

dre ó de hija. No puede negarse verdadero sentimiento poético á estos dos dísticos, que cito al azar. El primero está dedicado á un muchacho:

«¡El águila (de la muerte) te ha arrebatado!  
¿A dónde te encontró?»

El siguiente es para una doncella de muy pocos años:

«La g. cela se refresca en la brisa de la mañana  
Y bebe á pechos el aire de la montaña.»

Permanecí algunos días en Keren, no perdiendo ninguna ocasion de recorrer el contorno, lo que solia producirme encuentros singulares. Un dia subí al monte Lalamba, donde dibujé un bellissimo *dolman* natural, compuesto de tres piedras solamente (los nuestros, llamados célticos, tienen ordinariamente cuatro) y saqué el plano de la llanura del Uasentet, á pesar de los graznidos de un cuervo que vino á posarse junto á mí mirándome como con escándalo y protestando con sus gritos de alarma contra la insólita invasion de su montaña. Bajaba ya cansado y distraído, cuando en el momento de poner el pie sobre una especie de rama seca oculta entre la yerba, noté cierta cosa estraña, y fijándome mas, pude ver la curvatura y pulidez del tronco que iba á terminar á algunos pies de distancia en una cabeza chata con dos ojos de diamante negro. La tal rama era una enorme serpiente de la mas bella pinta, que parecia preguntarme como su convecino el cuervo: ¿Qué diablos vienes á hacer aquí? Ninguno de los dos tuvimos tiempo para seguir la conversacion, porque al movimiento de sorpresa que yo hice, el animal se deslizó entre la yerba y yo con mas ligereza entre las rocas.

Otro dia subí al Aitaber para tomar el punto de vista de los grandes veneros del Ainsaba, y de los flancos de la *rora* donde vive libremente aislada la tribu de Beit-Andú. Bajando luego por una senda de cabras, espanté á un bello leopardo, cachorro, que tomaba el sol tranquilamente como propietario de la montaña, y bien que yo no estuviera armado mas que con mi brújula y mi lápiz, la fiera me tuvo miedo y penetró en dos saltos por una cavidad de rocas donde permaneció escondida; pero olvidando en su precipitacion fuera del albergue cinco ó seis anillos negros de su lustrosa cola. No tuve deseos de ir á recogerlos, y como el escondrijo estaba en la misma orilla del camino, hice un respetuoso rodeo y me alejé.

Esta gente, á lo que parecia, no miraba estos paseos lo mismo que yo en punto á seguridad. Cuando el kavas Hamed envió, segun costumbre, á los sirvientes á buscar leña y agua, Lemlem y Desta lanzaron grandes gritos y declararon que no irian solas mas allá de 70 pasos de Keren por miedo de ser ro-

badas. ¡Dichosas jóvenes de la reina de Saba! decia yo riendo: yo he visto mas de una entre vuestras hermanas de otros países á quien no causaria ningun temor semejante peligro. Pero fuera de chanza, la razon era buena, y sobre todo, fundada.

Casi todos los mercaderes musulmanes de esta frontera añaden al lucro de su comercio legal, harto azaroso á causa de las perturbaciones de Abisinia, el rapto de los niños que encuentran en los caminos ó en los parajes ocultos. La lengua inglesa tiene una palabra espresiva para pintar á estos miserables, á los que he de consagrar un párrafo en otra relacion (kidnappers). El mal, por otra parte, no es moderno: el agente consular de Francia en Massaúa, escribia en 1844.

«El robo de los niños cristianos es siempre una buena obra á los ojos de los musulmanes del pais. Este género de comercio está favorecido por el gobernador y aun por el príncipe de tierra firme. Un solo mercader de Arkiko, Mehemet-Hazan, vendió cincuenta y tres pequeñuelos en 1842. Por mi parte he hecho muchas reclamaciones en la primera época de mi residencia, pero han sido infructuosas todas.»

### XIII.

Partida para Massaúa.—Ainsaba.—Torrentes.—El Mensa.

Despues de seis dias de permanencia en Keren, debí pensar en volver á Massaúa. Mr. Stella me acompañó hasta la orilla del Ainsaba, donde vivaqueamos juntos y desde donde al dia siguiente volvió él á Keren. Yo me despedí de su merced lleno de respeto hácia quien tanto merecia y decidido á hacer todos los esfuerzos posibles porque su obra de civilizacion fuera apreciada y apoyada en Europa.

Desde el Ainsaba atravesé la llanura que forma el dominio de la microscópica tribu de los bedjuk; pasé la garganta harto escarpada de Massalit y bajé á la conca del torrente Lebka, que no debia ya dejar hasta dos jornadas de allí. El lecho del torrente era nuestro camino y marchábamos como tres siglos y medio antes el gran viajero portugués Francisco Alvarez, que entró en la Abisinia por la misma vertiente, pero á 50 leguas mas al Sur, costeando siempre á lo largo de los rios, cuyos bordes estaban sostenidos de una y otra parte por altas montañas con grandes y espesos bosques, poblados de varios y bellos árboles, aunque infructíferos en su mayor parte; pero entre otros ví algunos que se llaman tamarindos, cuyo fruto es parecido á la uva, del cual hacen los negros una especie de vino seco que llevan á las ferias. Los rios y caminos por donde pasamos eran profundos y escabrosos, lo que se esplica por la violencia de las lluvias, que sin embargo no desbaratan los caminos segun se nos dijo y nosotros mismos ob-

servamos en diversos sitios. Y es que esa violencia cede en la llanura donde muy luego traga el agua la arenosa tierra. Por estas riscosas y quebradas montañas se encuentran animales de varias especies, como leones, tigres, elefantes, tejones, ciervos y otros muchos mas, excepto dos especies que no pudimos ver, osos y liebres. Hay tambien pájaros canoros, y perdices, tórtolas, codornices y gallinas salvajes en gran número, y todas las especies que nuestras regiones producen.»

Ain separa dos tribus poderosas, los mensas al Sur y los habab al Norte que están subdivididos en tres fracciones llamadas los tres *mehez* (los tres jabalies). Este título de mehez es muy distinguido en el Sennaheit, encontrándose en las genealogías ilustres guerreros que se han honrado con él; lo que prueba con mil otros datos característicos que el origen de todas estas tribus no es musulman.

Los habab son nómadas, y hay cierta relacion entre la vida nómada y la barbarie islámica: dejáronse ir insensiblemente á la apostasia, y desde entonces no tuvieron ya ningun medio de recusar el yugo de los grandes ó pequeños Estados musulmanes que los rodean. Ya en 1846 Emin-Bey, comandante de las armas egipcias enviadas en socorro del kaimakan de Massaúa amenazado por los naib insurrectos, pidió á los habab el tributo en nombre del virey. El kantiba, ó jefe superior de los habab, declaró altivamente que ellos no reconocian el feudo del Egipto; pero no queriendo irritar á un oficial que mandaba seis mil bachi-bazuk, le envió por la primera y última vez un presente de cincuenta vacas.

Los naib han sido mas afortunados ó mas pacientes: ayudados por el kaimakan de Massaúa y sus arnautas, cuyos malos fusiles infunden tanto terror á los beduinos, han llegado á conseguir de los habab la aceptacion de un impuesto, módico por otra parte. Actualmente la Puerta está muy ocupada en sustituir al naib Mohammed en este feudo. Ultimamente y bajo un pretesto absurdo, el cheik de los habab fue encerrado en la mala batería que sirve de prision de Estado en Massaúa. Conociendo á fondo á su kaimakan Pertew-Effendi, cínico bribon, como casi todos sus colegas, hizo reunir por medio de sus partidarios algunos cientos de talaris, y los ofreció al gobernador, que acababa justamente de conferir el título de cheik á un primo del prisionero. Naturalmente salió éste de la prision, donde su primo lo reemplazó. En ella lo he visto yo, y no tenia por cierto gran pesar; porque segun me aseguraron, así que reuniera 500 ó 600 talaris para saciar el apetito del sátrapa, seria él puesto en libertad y en prision otra vez su primo.

Los mensas se creen precedentes de la costa y oriundos de los europeos (acaso de los adulitanos, padres de la tribu Azo, una de los chohos). Si este

origen es verdadero, han olvidado hasta su lengua, pues no hablan mas que el *tigré*. Cuentan además dos subtribus: Beit-Ibrahé, cuyo pueblecillo se llama Gheled (escudo) ó Mensa inferior, y Beit-Echakan, acantonada en *Hamham* ó Mensa superior. La primera fue atacada en 1850 por Hassan, naib de Arkiko, y el kantiva Theodoro fue llevado prisionero á Massaúa, donde permaneció muchos meses, siendo ineficaces todos los medios para hacerle abrazar el islamismo. Luego salió en libertad pagando un rescate y dejando en rehenes á su nieto.

La llanura de Cheb, donde entré al salir del torrente, es un desierto de 40 kilómetros de travesía, desnudo, árido excepto en algunas zonas cultivables, y utilizado por los mensas ó por fracciones de tribus nómadas del Norte. Me ha chocado siempre ver la actividad con que estos nubianos que pasaron por indolentes y estúpidos sacan partido de las tierras laborables que la naturaleza pone á su alcance. No se tendria razon en creer, como yo lo habia hecho antes y otros viajeros poco familiarizados con el Africa, que el nómada rehuye los penosos trabajos del campo; pues la verdad es que no repara en fatiga allí donde las circunstancias lo exigen, como en el Sennar, en que obtiene grandes cosechas de sésamo y algodón, y á donde los especuladores no irian ciertamente á buscarlas. Yo no puedo poner al honrado público en guardia contra los proyectiles que la *fiebre del algodón* ha hecho pulular en Egipto y aun mas cerca de nosotros desde hace dos años. La plantadora Abisinia no tiene mas que relaciones de vecindad geográfica con la estéril llanura de los nómadas nubianos; y el que desde el fondo de su gabinete se estasia pensando en la indolencia de estos bárbaros, poseores de un suelo tan vasto como toda España, de que no sacan el producto de medio departamento francés, ese, si basa sobre esta idea preconcebida algun proyecto de colonizacion agrícola en Nubia, juega ligeramente su fortuna, los capitales de sus accionarios, y algo del honor de su nacion. En resumen: desde el momento en que se establece que toda fanega de tierra espotable en la Nubia oriental tiene un propietario (hombre ó tribu) que no puede pasar sin ella, yo no creo ni prudente, ni legítimo procurar obtener del gobierno que reina en el Cairo una autorizacion, que no seria otra cosa que una espoliacion disfrazada. No seria prudente, porque el nómada no se dejaria despojar sin luchas en que el colono habia de perder; no seria legítimo, porque no se trata aquí, como se ha alegado, de entregar á la agricultura un suelo abandonado por un pueblo perezoso.

Mr. de Courval que visitó á los mensas en 1857, y que fue de ellos muy bien recibido, los elogia grandemente. Otros viajeros me han hablado de diferente manera; pero bien mirado, todo lo malo que me han

dicho de estos montañeses puede reducirse á que se hacen insufribles al extranjero por su importuna curiosidad. Seamos justos, y supongamos que un mensa con su hermosa *chama* blanca de los dias de fiesta, con su lanza y su cabello trenzado y en él su larga aguja de madera, desembarca mañana, no digo en Concarneau ó en Montmorillon, sino en París, en ese París que ha festejado á los aztecas y Tom-Pouce. ¿Qué es lo que sucedería? A riesgo de pasar por optimista estremado, confieso que nunca he echado á mala parte la curiosidad de que he sido objeto entre los negros ó los rojos, mientras no ha pasado los límites de una sencilla ingenuidad. He tenido mis momentos de mal humor como cualquiera otro; pero en general he sacado provecho y entretenimiento en escuchar las observaciones cambiadas en torno de mí y las preguntas de mis huéspedes.

—¿Cómo se llama tu señor? preguntaban á mi kavas Hamed.

—Cónsul, contestaba él seriamente.

—¿Qué es eso?

—Es tanto como *chum* (jefe de canton).

—¡El diablo se lleve á vuestros *chum*! Un cónsul es como un *dedjaz* (duque ó gobernador general). El nego lo ha recibido en Debra Tabor á son de cañon.

Despues inspeccionaban mi persona y mi traje: todo era objeto de curiosa observacion. Algunas veces me ponía por la mañana un chaleco de punto azul que era un verdadero misterio para los indígenas.

—¿Es seda? me preguntó uno de los mas conocedores.

—No; es pelo de carnero, lana.

—¡Bah! Este francés me cree tonto. ¿Se ha visto jamás un carnero azul? Iba refunfuñando el hombre.

Otro dia un manojo de llavecitas llamaba la atencion de los preguntones. Despues de muchas conjeturas, el mas inteligente las tomaba francamente, y notando que estaban huecas, me las devolvió diciendo:

—Ya conozco esto: son pistolas de bolsillo. ¿Están cargadas? Los franceses hacen cosas admirables. Lástima que sean turcos.

—Los turcos sois vosotros.

—¿Luego vosotros sois cristianos?

—Es claro.

—A ver tu *mateb* (cinta de seda azul que es como la insignia masónica de los cristianos abisinios). No tienes *mateb*: no puedes ser cristiano.

Un recuerdo trae otro. Pido perdon á mis lectores una vez por todas por el desaliño de mis desordenadas relaciones; pero yo supongo que á vuestros ojos, como á los míos, la demasiada fidelidad en el orden geográfico produce una especie de tension que no tiene encantos para nadie.

En la batalla de Abu-kalembo en 1837, un batallón de regulares egipcios se rindió á la caballería del famoso *dedjaz* Konfu, y no por eso dejó de ser pasado á cuchillo hasta el último hombre. Los pobres infantes sufrieron su suerte con una resignación musulmana. Pero cuando tocó su turno al *sakol agació*, ayudante del batallón, que era el famoso Arnaud, actualmente Arnaud-Bey, tan conocido por sus descubrimientos en el Nilo Blanco en 1840, nuestro compatriota se defendió con tanta rabia que dudaron los abisinios. Uno de ellos, hombre grave y canoso, inclinándose hácia el paciente, le interrogó.—¿Kris-tian?—Sí, cristiano, respondió en francés el bravo oficial jurando como un pagano.

—¿Mariam?

—Jesús, María y... kyrieleison: no sé mas latin; pero soy cristiano, ¡por vida de todos los demonios!

—Soltad á ese hombre, dijo gravemente el jefe abisinio: confiesa su fe con un ardor que nos avergüenza, á nosotros cristianos tibios.

## XIV.

El Samhar.—Estudios retrospectivos.—Una página de Artemidoro con su comentario.—Langostas.—Amba.—Desset.—Sepulcros antiguos.—Los rom.—Un ayax africano.

Vuelvo á hablar de los mensas, cuyo pais alaba con razon Mr. Courval; pero me parece que está en un error, dándole arenas auríferas. Pienso que los que le suministraron tales datos, fueron sin duda engañados por el brillo de ciertas barritas de talco ó de mica.

El espacio casi desnudo y accidentado de montes aislados y que yo tenia que atravesar en diagonal desde Ain hasta Massaúa, forma una region natural que se llama el Samhar. Este pais es bastante conocido á lo menos en sus grandes líneas físicas, porque es el pequeño desierto (de unas 8 leguas de ancho) que es menester pasar para ir á la fértil y risueña Abisinia. Ya en la antigüedad, principalmente bajo aquella dinastía de los Ptolomeos que activó tan desastrosamente el comercio del Mar Rojo, el Samhar era tan conocido de los viajeros como hace diez años. Perdónenme mis lectores una breve digresion en el dominio de lo pasado. Asi se verá cuán necesario es, para comprender á los geógrafos antiguos, tener nociones exactas y especiales del estado actual de los paises que describen, sobre todo cuando son comarcas, donde casi nada se modifica y las costumbres son tan inmutables como la naturaleza física y algunas veces mas. Como se verá despues, ciertos torrentes del Samhar, cambian de lecho cada año, mientras que el nómada vive ahora como en tiempo de Artemidoro.

Segun este eminente compilador, los nómadas de

esta region cazan los elefantes de la manera siguiente: colocados en emboscada sobre los árboles, cuando descubren los elefantes que van á atravesar el bos-

que, los dejan pasar sin hostilizarlos; pero se aproximan luego lentamente á los rezagados y los desjarretan. Otras veces los matan hiriéndolos con flechas



Doncella de Hamacen.

empapadas en hiel de serpiente; proyectil que les lanzan tres hombres á la vez teniendo dos el arco y el otro tirando de la cuerda. Algunos cazadores sierran por el pie los árboles en que suelen apoyarse para dormir estos brutos gigantes, y cuando caen por este artificio, los cazadores ocultos en lo alto de otros árboles, saltan á tierra y los matan sin peligro. Los nómadas llaman impuros á estos cazadores, que comen aquella carne.

«Además de estos *elefantófagos*, hay un pueblo poco numeroso de *strouthófagos* ó comedores de pájaros; entre éstos se ven algunos tan grandes como ciervos y que corren, si no vuelan, con tanta ligereza como los avestruces. Unos los cazan con flechas; otros se cubren con la piel de estos mismos pájaros, y con esto y el grano que van derramando los atraen á los puestos donde otros cazadores emboscados los rematan á palos. Estos *strouthófagos* se sirven de la

piel de los tales pájaros para vestirse y dormir, hacen la guerra á los etiopes, llamados silos, que usan cuernos cabríos por armas ofensivas; y son vecinos de otros hombres mas negros, mas pequeños y entecos que apenas viven cuarenta años, muriendo agusanados, sin duda por alimentarse de langostas, que empujan á estos parajes los vientos del Oeste y Suroeste muy fuertes en la primavera. Las cazan por medio del humo y se las comen con salmuera.»

Este párrafo no es muy exacto, segun he podido convencerme durante el viaje que refiero. Las langostas bajaban en ásperas nubes del Hamacen, donde probablemente habrían aniquilado la esperanza del pobre labrador abisinio, y volaban de Oeste Suroeste al Norte Noreste. Los árboles, los khor, las colinas, todo estaba cubierto de miriadas de puntos amarillos ó violeta. Gran refuerzo para los pájaros aficionados á esta caza, tan numerosos en aquella region.

Pero no eran ellos solos los aficionados: las gentes de Ailat emigraban en masa con sus sendos sacos en direccion del azote bendito con la jubilosa presteza de los pescadores de la baja Bretaña, cuando los vigías señalan los bancos de sardinas. Pero debo añadir que estos cazadores de langosta, aunque efectivamente mas negros que sus vecinos, son grandes y bien formados, y que la historia era de los gusanos y de la breve vida, endilgada por nuestro griego, no es ni ha sido nunca verídica: yo he visto en Ailat tantos viejos y tan sanos y robustos como puede haber en Alejandría ó en París, por no decir mas.

Dia y medio despues de mi partida de Ain, llegué á un recodo de terreno sombreado de espesos bosques de *auel*, y que llaman con el gracioso nombre de *May Anahid* (Agua de vírgenes). Mientras que mi gente buscaba agua y sombra, yo corrí al través de la llanura hasta una altura aislada que semejava al perfil de un glacis de plaza fuerte y se escalaba por una dulce rampa. Aquí me puse á dibujar á toda prisaa el pintoresco paisaje de las montañas de Mensa, especie de kabila que abria en frente de mi el mas ancho de sus portillos, por donde se escapa el torrente del Lava. Concluido mi trabajo me despedí de este bello pais, envidiando á MM. Sapeto y Courval que lo han recorrido á su sabor: despues me reuní á mi gente y entramos en la arenosa y árida llanura.

A diez minutos de la aguada perdí las huellas de mis compañeros; una colina cubierta de *menhir*, como un sepulcro céltico, se presenta ante mis pasos. Es un cementerio beduino, llamado *konfaldjemé*. Subo á él y desde allí distingo muchos puntos negros al través de las ligeras ondulaciones del terreno: era mi caravana á la que me incorporé apresuradamente.

Dos horas y media despues llegamos á Amba, lugar muy pintoresco, donde acampamos al borde de una profunda balsa, sombreada por un bello tamaris-

co, tan querido de las caravanas. En el momento de llegar, una larga hilera de camellos, cargados de esteras desfilaba por delante de nosotros; son los beniamer que van á Massaúa á vender el producto del trabajo hecho por las mujeres de su *ferik* (subtribu) durante la estacion de las lluvias. Las esteras del Barka son groseras, pero duran mucho y son baratas, cualidades muy apreciadas en Massaúa donde se hace un gran consumo.

El torrente Amba en la estacion seca no es mas que una sarta de charcos que vienen á reducirse á uno solo, que es el de que hablo; pero en el tiempo de las lluvias arrastra con furor sus turbias aguas al través de rudas y violáceas rocas.

Cerca de tres horas despues de Amba atravesé el torrente de Chinket-Kai, llegando por la tarde á la cabeza de una isla formada por una abertura de un torrente, llamada Desset, donde estudié y dibujé una serie de necrópolis, que he descrito detalladamente en otra parte. Son unos grupos de túmulos, dominados por dos construcciones bastante curiosas llamadas en el pais *Kubat es Salatin* (sepulcro de los reyes). Estos sepulcros, dice la tradicion de los nómadas, pertenece á un pueblo estinguido hoy que se llamaba *Róm* y á quien Dios cubrió de una lluvia de piedras para memoria de su impiedad.

La leyenda refiere asi la muerte del último rey de los *róm*, que reposa en un sepulcro ya medio destruido. «En su soberbia tiró la javalina contra el cielo; y Dios envió al instante un águila gigantesca que se arrojó sobre él y le devoró los sesos.»

## XV.

Excursion á Ailat.—Aguas termales.—Soati: el café salobre.—Monkullo.—Aguadores.—Monseñor Massafi.

En Desset me encontraba yo demasiado cerca de Ailat y de sus aguas termales para resistir á la tentacion de hacer una excursion por este lado. Una breve marcha me condujo á este poblachon, donde permanecí dos dias muy bien acogido por un como *cheikh* que gobernaba á aquellos pastores en nombre del *naib* á la sazón ausente.

No habia ido á Ailat para tomar las aguas de que no tenia necesidad; pero me hubiera avergonzado de abandonar el valle sin ver aquellas famosas termas de que hablan todos los viajeros. Salí, pues, de la poblacion en compañía de Hamet y de un gefe indígena, atravesé un ancho lecho de torrente y una hora despues llegué al paraje por donde desemboca un riachuelo llamado *Mai Ooi* (agua caliente). Seis metros mas y ya estamos en las termas. El agua era sucia: circunstancia de que me aseguré viendo bajar hácia Ailat una piara de carneros, que, segun costumbre cotidiana, acababan de bañar sus pastores

en el manantial. Esta operacion exige harta paciencia y tiempo, cosas que no faltan ciertamente á estos montañeses.

El manantial brota al pie de una montaña bastante rápida llamada *Akuar*, por donde se ve un prado pantanoso que atraviesan algunos hilos de agua, de los cuales uno solo tiene una temperatura elevada; todos se reunen á veinte pasos mas lejos en una porcion de hoyos formados en las rocas; en el mas profundo de ellos un hombre acurrucado puede tomar completamente un baño. Allí ví cuatro ó cinco hombres y mujeres bañándose. Diré de paso que estos africanos, medio desnudos, guardan en sus baños al aire libre una decencia que no he visto entre gentes mas civilizadas: en Valaquia, por ejemplo, he visto á un kilómetro de Bucharest, un centenar de personas bañarse en confusion hombres y mujeres en la Dimbovitza, despues de haber dejado sus ropas en el vestuario; espectáculo pintoresco en verdad, pero que me hizo repugnantes las tan celebradas aguas de aquel rio de que dice un proverbio

«Dimbovitza, apa dulce!  
chi ne be nu mai se duce (1)».

A mi vez, procuré tomar puesto en la pila de *Mai Ooi*; pero no pude sufrir la temperatura, y medio coido me enderecé contentándome con unos pediluvios.

Despues de haber subido á la colina inmediata y admirado á mi sabor las montañas cubiertas de bosques que dominan al Oeste la llanura de Ailat, tomé otra vez el camino del pueblo donde no teniendo ya que hacer di la señal de partida.

Por una depresion en que serpea un khor pedregoso y difícil, tuve desde luego que salvar las montañas que cierran el horizonte y llaman Sakar. Desde allí marché durante tres horas al través de las colinas cada vez mas bajas, y llegué á un sitio llamado *Saati* donde paran todas las caravanas atraidas por la proximidad del agua y por la yerba para los animales. Es un ancho lecho de torrente, que está cortado por un resalto de algunos metros, formado por rocas lisas y lustrosas como el mármol. Este banco que hace saltar el agua y caer en cascada en la época de las lluvias, impide á las caravanas seguir el lecho del torrente hasta el pie de las montañas, teniendo para evitar el obstáculo que hacer un rodeo entrando en un vallejo, por donde corre un arroyuelo de pérvida limpidez. Mi pobre mula, que iba abrasada de sed, empapó las narices en este arroyo y levantó rápidamente la cabeza resoplando: el agua es salobre en el mas alto grado.

(1) Dimbovitza, agua dulce! quien te ha bebido no se aleja ya de tí.

Acampamos en este lugar, donde nos habian precedido dos ó tres caravanas de mercaderes abisinos procedentes de Hamacen con sus vigorosos asnos cargados de pieles de vaca, manteca y otros artefulos del mismo género. Estaba muy cansado y tenia necesidad de reposo y sombra; pero aquel dia, la parada del medio dia estuvo desprovista para mí del placer que yo mas apreciaba: quiero decir de café. No deseo para mi mayor enemigo la necesidad de tragar por tres dias consecutivos la abominable bebida salada que se me servia con el nombre de moka. Probándola yo, pude tener una idea de las dulzuras del mar Muerto. Me apresuro á decir que segun despues he sabido á pocos minutos de allí hácia el Sur corre un agua muy buena.

A eso de las dos partimos de Saati y fue menester caminar aun tres horas para llegar á Monkullo, pueblo situado á 6 kilómetros de Massaúa en una árida llanura, pero provista de un verdadero tesoro: cinco ó seis pozos de agua deliciosa. Como Massaúa no tiene mas que cisternas, secas por lo regular ocho ó nueve meses del año, el agua de Monkullo es objeto de un tráfico que basta á la subsistencia de esta industriosa é infatigable poblacion. Las jóvenes de diez á quince años cargan sobre sus hombros todas las mañanas un cántaro de agua, la llevan á pie á aquel pueblo y vuelven á sus casas hácia las nueve del dia: andan, pues, 12 kilómetros para ganar una piastra (unos 20 céntimos). Esta penosa existencia no altera ni su salud, ni su belleza, ni su buen humor. Me las he encontrado muchas veces volviendo en grupos al hogar, y siempre las he visto alegres, risueñas, locuaces, bellas, con aquellas trenzas de negros cabellos que en gracioso desorden medio ocultan sus frescos y expresivos rostros.

Monkullo está dominado por muchas colinas que soportan pequeñas mesetas arcillosas, desde donde alcanza la vista hasta el mar Rojo. Dos largas fajas rayan la superficie azul de esta masa de aguas: una, la mas larga, mitad amarilla, mitad verde, es la isla *Tanahut*; otra, de espléndida blancura, es Massaúa. El color blanco es el reflejo de las casas de piedra, que vistas de lejos, desvanecen el sombrío aspecto de las cabañas de los pobres proletarios; el amarillo representa el suelo de formacion madreporica; el verde, en fin, es el color de los bosques de *chora* (avicennia tomentosa) que cubren la mayor parte de la playa.

Puede llamarse á Monkullo los batignolles de Massaúa. Los paisanos de la ciudad cuyos negocios los retienen todo el dia en el Bazar, tienen su verdadero domicilio en Monkullo yendo y viniendo todos los dias. Siempre que me paseaba por esta parte, estaba seguro de encontrar comparsas de massauanos, de rostro amarilluzco y anguloso, de frente abultada, con su largo *caftan* de inmaculada blancura, su tur-